

Mariola Pietrak

Universidad Marie Curie-Skłodowska, Lublin  
mariola.pietrak@umcs.pl

 <https://orcid.org/0000-0002-1331-168X>

LA POLÍTICA AFECTIVA  
EN *DESPUÉS DEL INVIERNO*  
DE GUADALUPE NETTEL.  
HACIA UNA SOCIEDAD  
MÁS INCLUSIVA

**Affective politics in Guadalupe Nettel's *After the Winter*. Towards a more inclusive society**

ABSTRACT

This paper proposes an approach to Guadalupe Nettel's *After the Winter* from the theory of emotions as understood by Sara Ahmed (2015, 2019). The Mexican author carries out an affective politics that, firstly, tracks the emotions related to otherness (disabled, immigrants); secondly, she resignifies “other bodies” in such a way that they are perceived with positive emotions. She consciously makes use of the emotions of love and melancholy to resist the normalising and repressive discourses of “should be.” It is a novel politics that seeks to come into contact with the reader – it seeks an *emotional contagion* – whose purpose is clear: a cultural and social change that aims for a more inclusive society.

KEYWORDS: disability, exclusion/inclusion, affective politics, Guadalupe Nettel, *After the Winter*.

Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973) es, en actualidad, una de las autoras más resonadas del ámbito hispanico, sobre todo por su *El huésped* (2006), una novela leída básicamente desde el código fantástico del desdoblamiento que se produce en ella, y en clave de un “espejo político de México” (Ferrero Cárdenas 2009, Wolfenzon 2017, Zermeño 2019). A esta primera novela la siguieron luego tres novelas más y dos volúmenes de cuentos, que de forma contundente ponen en primer plano *el cuerpo*: un cuerpo discapacitado, enfermo, con sus taras, manías y modos de relacionarse con el mundo<sup>1</sup>. Es el que subyace a toda su narrativa.

Según intentaré demostrar en este espacio, esta visión corporal del mundo, construida en la narrativa de la escritora mexicana, persigue la inclusión en la noción del sujeto de las otredades tradicionalmente excluidas de la misma. Si, como sostiene Sara Ahmed (2015), el poder moldea los cuerpos y las distancias entre ellos (*nosotros* vs. *ellos*) por medio de una política cultural de las emociones, Nettel se apodera de tal política afectiva

---

<sup>1</sup> Hasta el momento son: *El cuerpo en que nací* (2011), *Después del invierno* (2014), *La hija única* (2020), y los cuentos *Pétalos y otras historias incómodas* (2008), *El matrimonio de los peces rojos* (2013).

para desviarla y crear una sociedad más inclusiva, abierta a identidades fronterizas, solitarias, enfermas. Ambas, una desde su trabajo sociológico y la otra desde la práctica literaria, recurren a las economías emocionales y afectivas de la sociedad para combatir sus desigualdades y alterar el orden vigente y la reproducción social. Como dice Nettel en una entrevista a *Gatopardo*, “[n]o se necesita ser Marx ni Lenin para hacer una pequeña revolución” (Sánchez Cervantes 2019).

En este recorrido, me basaré en *Después del invierno* de 2014, ganadora del Premio Herralde del mismo año. Si toda la obra de Nettel presenta un marcado interés por los cuerpos anómalos<sup>2</sup>, en esta se hace patente además su confianza en la posibilidad de desnaturalizar los paradigmas de normalidad biomédica y cultural que deja afuera a tantos seres, de construir una geografía de la inclusión.

### SUBJETIVIDAD (NO) NORMATIVA E INCLUSIÓN

Los últimos decenios del siglo xx han traído una alianza entre *queer* y los *Disability Studies* o también los trabajos sobre las emociones, “reglados” dentro del llamado “giro afectivo”<sup>3</sup>. Todos tienen en común el esfuerzo por abrir la noción del sujeto a todos los seres en su diferencia. Representan la larga tradición académica y política orientada al cambio social, a alterar los parámetros normativos de la representación y de la configuración de los cuerpos. Asimismo denuncian la persistencia en el presente de una “heteronormatividad nacional” que, en términos de Helena López González, hace referencia a la “institución política organizada alrededor de una moral sexual que subordina a las mujeres y descarta otras sexualidades y también, en su carácter ‘total’, dicta el resto de las formas de la dominación masculina a partir de violentas exclusiones de raza o clase” (2015: 14–15), y nosotros añadimos: “de salud”. Como apunta Ángeles Mateo del Pino, tal “normalización sexual implica a la vez una capacidad física obligatoria, un ideal corporal de sujetos sexuales sanos, ‘normales’, no discapacitados” (2019: 40).

La primera alianza, con los estudios sobre la discapacidad, atrae la atención sobre la necesidad de estudiar la discapacidad como diferencia corporal en la misma medida que la raza, el género, la etnia o la sexualidad. La interseccionalidad de la discapacidad con otras categorías biológicas, sociales y culturales ponen de relieve los sistemas de opresión, dominación o discriminación que operan en todas las personas y más en aquellas consideradas no normativas; es decir, operan de forma similar en una persona con diversidad funcional y en una persona *queer*. Los adjetivos “extraño”, “estrafalario”, “misterioso” —equivalentes de la palabra *queer* en el castellano—, determinan a todas las identidades estigmatizadas en los discursos normativos occidentales del “deber ser”, que dictaminan lo que es “normal” y lo que es “desviado de la norma” y, por ende, excluido.

<sup>2</sup> Desde este punto de vista fue analizada su obra: *El cuerpo en que nació* (De Alva 2019; Callsen 2018; Prado-Garduño, Escamilla-Frías 2020; Ayram 2020), *Pétalos y otras historias incómodas* (Castro Ricalde 2017; Prado-Garduño 2018), *El matrimonio de los peces rojos* (Bianchi 2020), *Huésped* (García Rodríguez 2015). La lista no es exhaustiva.

<sup>3</sup> El inicio de tal alianza se sitúa en los años 90 del s. xx (Balza 2011).

Por un lado, pues, redirigen la mirada sobre la discapacidad del estatus de anomalía y patología, que tenía antes, a una manera de ser, una categoría de identidad. Es sabido que, con anterioridad a los 70 del pasado siglo, la discapacidad era concebida como enfermedad —problema que hay que curar para normativizar el cuerpo (Antebi, Jørgensen 2016: 9, 11–12)—, e incluso como monstruosidad, error de un orden natural dado u objeto de los espectáculos llamados *freak shows* (Mateo del Pino 2019: 38; Balza 2011). Siempre peyorativa, la otredad era usada para despertar emociones bien de miedo, bien de placer (bufones en las cortes, deformes en los circos).

En este sentido, los *Disability Studies* (y los *Queer Disability Studies*, los Estudios de Discapacidad *Queer* que amplían el campo de análisis de estos; Mateo del Pino 2019), no solo influyen en el radical cambio de la perspectiva sobre la discapacidad reivindicando esta categoría de identidad, sino que también señala la urgencia de romper los convencionalismos corporales y los paradigmas de normalidad, tan abstractos como imposibles de realizar, que los sujetan (Antebi y Jørgensen 2016). Las obras como *Libre Acceso* editado por Susan Antebi y Beth E. Jørgensen (2016) o *¿Discapacidad?* de Susanne Hartwig y Julio E. Checa Puerta (2018) sondean, además, el espacio discursivo en busca de prácticas narrativas o filmicas que cambien los modos de representación de la discapacidad por la auto representación de una escritura del yo, libre de la proyección de una visión ajena y libre, también, de la dicotomía normalidad-desviación o la visión de la otredad como déficit. Tales representaciones tienen capacidad de levantar construcciones culturales que acerquen conocimiento real y sensibilización sobre la experiencia de cuerpos otros y, finalmente, promueven cambios en las mentalidades sociales en torno a la diversidad funcional o, en general, la diversidad de sujetos.

Igualmente importantes son las reflexiones acerca de la vulnerabilidad propia de todos los cuerpos. Según Isabel Balza (2011), una ética de la vulnerabilidad se impone como imperativo para que el temor a la desestabilización de la propia subjetividad, que encarnan los discapacitados (pero también los inmigrantes o los pobres), sea definitivamente aceptado y con ella nuestra propia finitud y la fragilidad ante la ley. Sobre esta cuestión volveremos más adelante.

## EMOCIONALIDAD DEL TEXTO

Los estudios de la discapacidad se orientan a lograr una sociedad más inclusiva, de acuerdo a la máxima de que no existe la discapacidad, sino entornos discapacitantes (Hartwig y Checa Puerta 2018). En esta labor, es obviamente imprescindible el apoyo institucional y su trabajo de campo. Por su parte, Balza indica las acciones tomadas desde los distintos feminismos concernientes a la construcción cultural de la diferencia. En primer lugar, sus esfuerzos se orientan a “desmontar el sujeto discapaz naturalizado”, heredero del paradigma moderno enmarcado en la dicotomía normal/patológico (Balza 2011: 60). En otras palabras, se trata de deconstruir el modelo de la discapacidad basado en el discurso biomédico. En segundo lugar, ponen en cuestionamiento el lenguaje con el objetivo de desarraigar las definiciones esencialistas de la discapacidad, como “deformidades” o “anormalidades”, esto es, todo aquel término que se pudiera interpretar

como “encarnación inferior del ser humano” o que identifiquen a los discapacitados por su enfermedad (2011: 60).

Pese a los indiscutibles avances conseguidos en este campo, persisten en nuestras sociedades ciertas actitudes ableístas y construcciones culturales negativas de los cuerpos otros. En este punto, la segunda alianza —entre el feminismo y una mirada desde las emociones— aporta un marco teórico-metodológico, sin duda relevante, que puede ser productivo tanto para la comprensión de la persistencia de la desigualdad y la exclusión, para el cambio social buscado, como para leer esta obra de Nettel.

En el prólogo a *La política cultural de las emociones* (2015), López González de Orduña objeta, como lo hará también la misma autora del libro, Sara Ahmed, que las políticas antinormativas y desnormalizadoras del siglo xx no pudieron tener efectos reales sobre los cambios radicales en la subjetividad de mujeres y hombres (López González de Orduña 2015: 15–16). Al contrario, las teorías acerca de la reproducción del mundo y las estructuras bio-psico-sociales de los cuerpos desde el constructivismo estructuralista (*habitus* de Bourdieu), devolvió lecturas pesimistas de un determinismo y poca expectativa del cambio.

En este contexto anida la reflexión de Sara Ahmed acerca de la política cultural de las emociones. Retoma la preocupación investigadora, deconstruccionista, de la persistencia del pasado en el presente y del rol del cuerpo en la misma, pero lo hace desde el poder performativo de las emociones y la emocionalidad de los textos. Su pregunta rectora *¿qué hacen las emociones?*, remite a las palabras y las figuras para determinar que “las emociones funcionan al trabajar a través de los signos y sobre los cuerpos para materializar las superficies y fronteras que se viven como mundos” (Ahmed 2015: 287). Estos, los signos y los cuerpos, establecen una relación “pegajosa” que moldea subjetividades. De ahí que una de sus preocupaciones fundamentales sea no solo cómo se inscriben las emociones en los textos mostrando los efectos de tal maleabilidad (heridas y lesiones en caso de la injusticia, por ejemplo), sino sobre todo cómo incidir en los cuerpos mediante las emociones.

El planteamiento de Ahmed deja en claro, primero, que las emociones no se localizan en los sujetos o en los objetos, sino en las interacciones entre los cuerpos; segundo, que las emociones —positivas o negativas— son movimiento permanente, generando acción o inacción en los seres humanos; tercero, que no son sensaciones psicológicas personales, sino que son políticas y se organizan socialmente; y por último, que la economía afectiva es usada socialmente para generar, legitimar y aceptar las desigualdades sociales.

La economía afectiva está estrechamente vinculada con la emocionalidad textual. Las emociones contenidas en los textos (nombres, acciones, gestos, entonación) dejan leer las intenciones emocionales encubiertas de los discursos públicos, orientados a generar ciertas reacciones legitimadoras en el público lector u oyente. Sin embargo, más que las mismas emociones reproducidas y distribuidas en los textos, lo que le interesa a Ahmed son los efectos que causan en la interacción con nosotros. Dicho de otra manera, no le interesa el texto como depósito de las emociones, sino la intención de estas (*¿qué quieren hacer?*) y el “cómo circulan y generan efectos las palabras que nombran sentimientos y objetos de sentimientos: cómo se mueven, se pegan y se deslizan. Nosotros nos movemos, pegamos y deslizamos con ellas” (Ahmed 2015: 41). Su trabajo sería a nivel

individual y colectivo, mediante el “contagio emocional” que resulta de la interacción entre los cuerpos. Dice Ahmed: “el trabajo de la emoción involucra que ciertos signos ‘queden pegados’ a ciertos cuerpos: por ejemplo, cuando otros se vuelven ‘odiosos’, entonces se dirigen acciones de ‘odio’ hacia ellos” (2015: 41).

En estos términos, se explica fácilmente que las emociones crean vínculos identitarios, sentimientos de colectividad o alianzas a favor o en contra de grupos sociales. Entonces, bien pueden ser usadas para crear odio, bien para construir una sociedad más inclusiva. Así, por ejemplo, el uso público de las emociones, como el sustento de las decisiones políticas, puede generar odio y repugnancia hacia el colectivo de los inmigrantes o las personas con diversidad funcional. El miedo distribuido por los discursos públicos no solo separa un *nosotros* de *ellos*, sino que también da un determinado valor a los cuerpos —donde unos valdrán más que otros— llevando a la desigualdad social sentida como “inevitable”<sup>4</sup>.

Sin embargo, las emociones pueden servir también para oponer resistencia. La melancolía, por ejemplo, como veremos más adelante, es un potente instrumento para conservar el “objeto perdido”, incluso si este “objeto perdido” es el propio yo en un sistema socioeconómico que impone un único modelo de ser y estar de la felicidad obligatoria (Ahmed 2019)<sup>5</sup>. Permite conservar la propia integridad del yo. De hecho, en la teoría de Ahmed (2019), el *inmigrante melancólico*, junto con la *feminista aguafiesta* y *lxs queers infelices*, constituye la figura desestabilizadora de los discursos represivos de lo normal.

## DESPUÉS DEL INVIERNO (2014), LA EXPERIENCIA DE LA OTREDAD

En su estudio de la emocionalidad textual, Ahmed se centra en la estrecha relación que existe entre el lenguaje y —cito a esta socióloga— los “materiales que derivan de experiencias” (bien sean “experiencias de racismo de Audre Lorde y Frantz Fanon”, bien las de la violencia contra los pueblos indígenas en Australia, o los materiales que trataban a otros como repugnantes en respuesta a eventos tales como los del 11 de septiembre”) (Ahmed 2015: 326).

En el caso de *Después del invierno* (2014), no se trata de un documento como los que trabaja Ahmed, pero es un texto que se teje en la experiencia propia de la escritora. La misma Nettel sufrió en la infancia épocas de otredad a raíz de una mancha congénita en la pupila del ojo derecho. A causa de ese defecto tenía que llevar un parche que solo podía quitarse por la tarde. “Mi vida —recuerda— se dividía así entre dos clases de universo: el matinal, constituido sobre todo por sonidos y estímulos olfativos, pero también por colores nebulosos; y el vespertino, siempre liberador y a la vez desconcertante”

<sup>4</sup> Uno de los grandes logros de la teoría de Ahmed es poner de relieve la naturaleza construida de las emociones, gestadas por algún acontecimiento social, político o económico que les subyace, su carácter solo en apariencia atribuida “naturalmente” a una persona o un colectivo.

<sup>5</sup> Como apunta Ahmed, “la melancolía es ‘una devoción perdurable del yo por el objeto perdido’ y, como tal, es una manera de conservar a la persona, y con ella al pasado, viva en el presente” (2015: 245).

(Sánchez Cervantes 2019). También pasó por épocas de aislamiento durante su estancia en Francia.

Toda esta experiencia se ve recogida en su narrativa<sup>6</sup>, aunque para nosotros sus novelas son ante todo un ejercicio literario acerca de la experiencia de la discapacidad, la inmigración y la exclusión. Como bien dijo Oswaldo Estrada (2014: 253), la literatura que hace Nettel es como “un laberinto literario donde lo normal es ser diferente”.

La novela en cuestión ficcionaliza la experiencia de dos inmigrantes latinos: de Claudio en Nueva York y de Cecilia en París, y a través de ella, de un círculo de inmigrantes (el italiano Tom, la cubana Haydée, etc.). Etna Ávalos observa que ya la misma condición migrante de estos personajes se traduce en una cierta discapacidad; discapacidad que surge del conflicto entre la identidad del extranjero y el discurso hegemónico del país de destino, (mal) llamado también “de *adopción*”. Para Julia Kristeva, tal “adopción” se lleva a cabo por medio de la discapacitación corporal o, en sus palabras, de “a shattering of the former body” (1991: 30; v. también Ávalos 2018: 115–116); y psíquicamente, mediante el aislamiento, la ansiedad e incluso la depresión. Distinguiremos entonces discapacidades visibles, físicas, como la deficiencia corporal de cualquier tipo (cardíaca, de la visión), y las invisibles que incluyen todo tipo de trastorno mental (obsesión, manía) o social (exclusión) que pueden llevar a lo primero.

Cecilia, la narradora femenina, desde el principio pone en duda el imperativo de la felicidad de la sociedad parisina. Ello no quiere decir que no ceda a la colonización cultural francesa sobre su identidad corporal, un mimetismo colonial específico que, de acuerdo con Ahmed, consiste en “aprender a dejarse afectar del modo correcto por las cosas correctas” (2019: 268). Nada más llegar al país se rinde al discurso normalizante de la delgadez que crea en ella una “extraña avidez: ya no me conformaba —cuenta— con estar menos gorda, quería pertenecer a la estirpe privilegiada de las flacas”; al igual que se contagia de las emociones de rechazo y tristeza de los parisinos, ya que, en sus palabras, “la tristeza, como casi todos los estados de ánimo, es increíblemente contagiosa” (Nettel 2014). Resuenan en ello las consideraciones de Ahmed sobre el contagio emocional. De hecho, no es la única vez que Nettel usa el término “contagio”. En otro lugar, dirá: “basta quedarse un par de meses para empezar a impregnarse de esa apatía gruñona y antisocial. No hace falta hablar con nadie para sufrir el contagio” (Nettel 2014).

Lo que sobre todo prima es, sin embargo, una condición espectral y la melancolía de inmigrante:

Como un espectro en el que nadie repara, caminaba por los pasillos del edificio, asombrada por el silencio y la soledad que en él había. (...) no conseguía entenderme con sus habitantes, sus gestos, ni sus códigos. En vez de acogerme como a alguien merecedor de ella, la ciudad me hacía víctima de su contundente rechazo. Como si en algún tribunal invisible se hubiese decidido que no era digna de vivir ahí. (...) Para el mes de diciembre, mi vida se había reducido a un estado fantasmal del que nadie tenía noticia (Nettel 2014).

---

<sup>6</sup> La obsesión por la ceguera tiene más peso en *El huésped* o *El cuerpo en que nació*, aunque tampoco es ausente en la novela en cuestión: la protagonista lleva por nombre Cecilia esto es, del latín, “ciega”.

Este es el estado en que Cecilia se encuentra y en que se posiciona *a conciencia*. Elige habitar una casa —como su cuerpo— fronteriza, en el cruce de varios barrios: de ricos y de pobres, de los vivos y de los difuntos. Y desde esta posición, desde este *cuarto propio* de Virginia Woolf y el *cuerpo propio* —*aun espectral*—, decide emigrar de “uno de los mecanismos normalizantes más poderosos del siglo xx (y xxi) que buscan asegurar la producción de cuerpos disciplinados sensibles a la desviación de las normas sociales y habituados a ‘mejorarse’ y ‘transformarse’ en servicio de dichas normas” (Ávalos 2018: 116)<sup>7</sup>: el discurso del cuerpo delgado, atractivo y “*bien baisé*”. Cecilia deja clara su decisión al declarar: “Ahora, por primera vez, vivía sola y no pensaba limitarme a ninguna regla social” (Nettel 2014). Es, como se ha dicho antes, una posición que le permite resistir y desestabilizar las políticas de identidad impuestas (coincido en este punto con Castro Ricalde 2017: 74–76).

El melancólico, como bien lo sabemos por Freud (1991), no quiere desprenderse del objeto perdido y lo incorpora volviéndolo parte de su propio ser. A diferencia del duelo, que consiste en dejar ir al objeto perdido y redireccionar su propio deseo hacia el futuro, la melancolía se relaciona con el apego por cosas que ya no están y/o rechazo a querer las “cosas correctas”, entonces: una rebeldía. Si el inmigrante no puede evitar el contagio caníbal (la destrucción del cuerpo “que fue” de Kristeva, v. *supra*), dejarse afectar por la cultura de destino, Cecilia se aferra a su cuerpo y a su identidad y los *incorpora*, aun condenándose a su propia espectralidad, *quasi* muerte. Desde este estatus de inmigrante melancólica y desde este “afecto extranjero” —que Ahmed describe como un “sentirse fuera de sintonía con el humor público” (2019: 310)—, elige su lugar en la sociedad y su propia comunidad afectiva.

No nos referimos tanto al grupo de amigos, todos inmigrantes, con los que mantiene un contacto esporádico, sino a Tom. Con él, le une una bonita historia de amor aun cuando “imposible” a causa de su enfermedad terminal. *Imposible* —término occidental vinculado al *amor romántico*— hace referencia a la no *futuridad* de la relación, a la falta, diría Ahmed (2019: 290), de “feliz dividendo que promete superar la herida”. La imposibilidad de esta historia amorosa deriva de la atrofia pulmonar y cardíaca padecida por Tom, no tanto de la muerte que acarrea como de la discapacitación corporal que supone. Como bien observa Ávalos (2018: 16), en el mundo contemporáneo de las sociedades (pos)capitalistas, la masculinidad —como la feminidad— no “se concibe en relación directa con el modelo político y económico imperante y es constituida alrededor de la ‘capitalización’ del cuerpo”. Y Ahmed agrega que la felicidad siempre es “un movimiento hacia delante”, “un propulsor” que lleva a los sujetos a dejar atrás el pasado entregándose de lleno al futuro entendido como “capacidades, energías y proyectos” (2019: 279–280). En estos términos, la relación afectiva de Cecilia y Tom se funda en la negación del concepto mismo de la felicidad y del amor feliz, necesariamente “productivo” para la sociedad bajo formas capitalizadas de matrimonio, producción (el capital) y reproducción (cultural, social y biológica). Se funda en la pura necesidad del otro, en la similitud de sus naturalezas y en el momento presente; solo el momento presente porque no hay futuro más allá de pura esperanza.

---

<sup>7</sup> Recordemos lo dicho por Foucault (2002: 140): “Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado”.

Las comunidades afectivas se conforman bien por la orientación de las personas hacia “objetos felices” (cosas que se considera buenas, causantes de la felicidad), o bien por dejar ir de manera correcta a los “objetos perdidos”. Los melancólicos, en cambio, se unen por su modo de amar “incorrecto”, su empeño en conservar el objeto perdido y la negación de orientarse hacia la futuridad por encima del presente y el pasado, hacia la dirección socialmente impuesta (Ahmed 2019: 285). El objeto feliz de Cecilia y Tom se sitúa fuera de la concepción de la felicidad generalmente aceptada. Primero, en la pérdida vivida literalmente como atrofia corporal, en el caso de Tom, y la identitaria en el caso de Cecilia (o Claudio y su homosexualidad negada). A partir de ahí, se materializa en el rechazo de las reglas del juego de las “sociedades felices” que se olvidan de sus muertos y de su pasado.

Íntimamente unida con ello va, en tercer lugar, la mirada de ambos que redirecciona la mirada del lector —“correctamente” orientado a su deber de felicidad— hacia aquellos cuyos derechos normalmente no contempla: los discapacitados, los inmigrantes, el amplio sector de los marginados. En este sentido, el proceso de acercamiento de Cecilia a Tom ha de leerse como la introducción del lector en el mundo de la precariedad que todos llevamos dentro, como Cecilia la ceguera en su nombre. Su aparición en el edificio, su situación desterritorializada y espectral, es concebida por Tom en categorías de “regalo de despedida”. Igualmente para Cecilia, Tom, lejos de ser un enfermo que teme “salirse de la fila”, es “una suerte de reencuentro con [ella] misma y con lo que [le] rodeaba”. “Tenía —comenta— la sensación de haber corrido un velo sombrío que, sin que yo lo supiera, había cubierto durante años mi percepción del mundo. (...) La sensación apacible de estar en casa y, detrás de esa discreta alegría, una constante de gratitud” (Nettel 2014).

Su amor por Tom toma forma de movimiento por lo general espacial, que solo una vez se orienta tímido hacia el futuro: con la promesa de la “vida normal” a cambio de “un casete cuadrado del tamaño de una pila doble C en el brazo izquierdo y recargarlo dos veces al día con un cuidado extremo” que iba a dosificar el anticoagulante (Nettel 2014). Cecilia se mueve espacialmente con él, de casa al hospital, donde lo ingresan con expectativas de realizar los trasplantes necesarios. Aquel cuarto poco a poco se va volviendo su propio espacio. Es donde pasa días enteros, escribe su tesina, come, a veces también duerme con el beneplácito de los enfermeros. Domestica las duras sillas de los hospitales y todo el espacio, rindiendo cuenta de su actitud contraria a la de las sociedades felices: “La mayoría de las personas no resisten estar aquí más de diez minutos (...) menos en terapia intensiva”, le dice el enfermero Fred, “La gente no soporta ni pensar en los hospitales. Mucho menos estar en uno de ellos. Usted merecería que instalaran un sofá en el cuarto de su marido” (Nettel 2014). De ahí también que, cuando le niegan los órganos a Tom condenándolo a la muerte, Cecilia diga: “*Nos trasladaron entonces a una habitación común y corriente, fuera del servicio de terapia intensiva, fuera también de la zona de esperanza*” (Nettel 2014, cursiva mía). Ahí vuelven a hacer planes de futuro, si bien nuevamente contrarios a la orientación de las sociedades occidentales capitalistas: “—Si muriera —argumenté en mi defensa— podríamos seguir juntos. (...) Me iré contigo aunque no quieras. Admito que respondí con rudeza y sin ninguna consideración por su estado, pero ya no había lugar para la condescendencia. *Éramos una pareja negociando su futuro*. No iba a transigir en algo tan importante” (Nettel 2014, cursiva mía).

El desplazamiento definitivo tiene lugar tras la muerte de Tom. Los pensamientos de suicidio para seguir con él dejan lugar al empoderamiento de su cuerpo (el ancla que le sujeta al mundo de los vivos) y de las zonas intermedias del cementerio Père-Lachaise, donde también descansaba Tom. Esta cartografía traza el abandono por Cecilia del mundo social normativo —hetero, pudiente y saludable— y su identificación con el colectivo marginalizado, proscrito por este mundo y, sin embargo, muy numeroso. Siempre llamó la atención de Cecilia esta “cantidad de personas que parecían pertenecer a una realidad aleña (...) personas perturbadas (...) víctimas de alguna epidemia psicológica” (Nettel 2014), que ahora identifica como “melancólica”:

Eran —dice—, la mayoría de las veces, personas adoloridas o víctimas de la crueldad ajena y, aunque también la ejercían sobre otros, saltaban a la yugular ante la primera crítica o burla que les dirigieran; personas tan sedientas de afecto que sustraían como vampiros la gentileza y la cortesía de quienes tuvieran enfrente. (...) Los había de todas las edades: desde personas mayores que apenas podían desplazarse hasta jóvenes estragados por las drogas, por un fracaso laboral, académico o por un amor mal correspondido. Puede ser cualquiera la gota que derrama uno de esos vasos precozmente saturados. Muchas de esas actitudes que me habían escandalizado tanto al llegar, me resultaban ahora justificadas. Yo misma formaba parte de las hordas de neuróticos y esquizofrénicos, que espantan a los turistas, pero me daba lo mismo (Nettel 2014).

Lejos de ser “cartografía del ‘encierro’”, como arguye Ávalos (2018: 116), sugiere la liberación de Cecilia de las normas sociales de la felicidad obligatoria y el género domado. De hecho, dice Cecilia “mis dominios se habían ampliado considerablemente. (...) [Ahora] eran las calles de París, todas sus escaleras y sus refugios. Mis compañeros los marginales, los descarriados, los SDF y los demás parias” (Nettel 2014). La naturalización de la otredad, voluntaria, trastoca las relaciones “pegajosas” vigentes entre la figura del discapacitado y el rechazo al mismo. Deconstruye las narrativas corporales y psicológicas impuestas normalizando la discapacidad. La normalización de los nuevos estándares cambia la percepción lectora sobre los sujetos marginalizados, al igual que los modos en que Cecilia describe su relación con Tom. Las emociones y afectos “pegados” a otros signos (normalmente oximorónicos en el discurso occidental) establecen nexos entre lo sexual —incluso lo sensual— y la discapacidad, abriendo de paso la noción del sujeto occidental:

Permanecemos abrazados varios minutos en la entrada, aguantando la respiración, como dos seres que esperan el inminente fin de un mundo secreto. Había tristeza y estupor en nuestro estado de ánimo pero también *alegría de estar aún juntos*. Después, Tom empezó a besarme lentamente, como desafiando el transcurso del tiempo. Ahí, bajo el vaivén de sus manos, de sus labios y de sus movimientos, me pareció que realmente poseía aquello de lo que se había jactado durante la tarde, es decir una radiografía exacta de mi sensibilidad y de mis necesidades. Todas esas sensaciones se mezclaban con otras muy distintas: *el tacto de su piel envejecida y flácida, su olor penetrante a medicina* (...). Pasamos la noche en blanco, memorizando nuestros cuerpos (Nettel 2014, cursiva mía).

## CONCLUSIONES

En *Después del invierno*, Nettel realiza una política afectiva dirigida a abrir la sociedad a cuerpos otros. Nombra las emociones como melancolía, amor o miedo connotándolas positivamente en un contexto que Occidente considera “patológico”. Con ello, borra la dicotomía normal/patológico que levanta las construcciones culturales de sujetos y subjetividades.

Si bien el mundo representado es un mundo de cuerpos otros, no es la intención de Nettel marginalizar a sus personajes, como pueden sugerir las opiniones de algunos críticos (Castro Ricalde 2017)<sup>8</sup>, sino resaltar su posición de resistencia a la “operatividad restrictiva de la felicidad” y el “ordenamiento represivo de lo normal” (Ahmed 2019: 15), que sufrimos todos, también los que se piensan como “normales”. El discurso de Nettel se encamina a normalizar la otredad. Ya el mismo título hace referencia a emociones positivas del resurgir primaveral, que llega tras el invierno, y que tiñe del optimismo la narración. En este sentido López-Moreno dice que los personajes se transforman como la vida en primavera, “o bien, se resignan a aprehender la vida tal y como se le presenta” (2020: 73). Todo lo contrario a la sumisión pasiva, que sus palabras sugieren, la actitud de Cecilia es de búsqueda activa de felicidad en su propia condición otra. Solo rechazando la falsa promesa de la felicidad, promesa que encubre represión y dominación, se puede dar la oportunidad de encontrarse a sí misma y encontrar la felicidad verdadera. Ese mismo optimismo se ve en el final de la novela, que García Rodríguez (2015: 625) califica de esperanzador. Efectivamente, la aceptación de su propia otredad y precariedad la lleva a la reconciliación con el mundo.

Asimismo, la interacción amorosa entre estos cuerpos crea condiciones para que las emociones que sienten se “peguen” al lector mediante el “contagio emocional” del que hablan tanto Ahmed como Nettel. Tal contagio se da entre los cuerpos de personajes y entre el lector y el cuerpo del texto. Son emociones que Nettel hace circular en su novela para desvanecer la concepción del cuerpo otro como patológico y para reorientar la mirada del lector. También para combatir las emociones negativas con respecto a la otredad, haciéndonos cobrar conciencia de nuestro propio miedo a la discapacidad. Como arguye Balza,

esta alteridad que encarna el discapacitado que no cumple los estándares de normalización recuerda al cuerpo normalizado su contravalor, esto es, su precariedad esencial. (...) Todos sabemos que algún día podemos devenir sujetos discapacitados y que, de hecho, lo seremos (...) Los sujetos discapacitados están ahí para recordárnoslo y ello provoca pavor y rechazo que se traduce en disgusto y repugnancia (2011: 71–72).

Nettel no solo resignifica la estigmatización y marginalización (vvidas aquí como experiencia productiva, Callsen 2018: 235), sino que pone de manifiesto la alteridad

---

<sup>8</sup> Su trabajo contiene la siguiente formulación que puede llevar a la confusión: “En *El Huésped* (2006), *El cuerpo en que nació* (2011) y *Después del invierno* (2014), las protagonistas se violentan a sí mismas, a través del aislamiento y la automarginación. Es casi imposible la integración de sus narradoras a los núcleos sociales (...)” (2017: 66–67).

inherente a todo cuerpo, también el normalizado. De este modo, resalta la artificialidad de la *diferencia entre los cuerpos* que impone el logos occidental. Ya Judith Butler reveló que no existe tal diferencia porque todas las “vidas son por definición precarias: pueden ser eliminadas de manera voluntaria o accidental, y su persistencia no está garantizada de ningún modo. En cierto sentido, es un rasgo de toda vida” (2010: 46). A esta *precariedad* esencial de todo cuerpo humano, le agrega además la *precaridad* —la fragilidad producida por las normas sociales o políticas.

*Después del invierno* se sitúa en la misma línea poniendo en la boca de Cecilia la siguiente reflexión: “¡Cuántos cadáveres hay debajo del suelo que pisamos todos los días! (...) vivir en París, dondequiera que uno esté, es vivir sobre la sepultura de alguien. La ciudad es un inmenso cementerio” (Nettel 2014). Las palabras de este personaje, contrastadas con la euforia parisina por el cuerpo sano y delgado, nos recuerdan la calidad finita de todas las vidas, sin diferencia, la finitud que nos une a todos y que Occidente se esmera tanto en ocultar alejando los cementerios de la mirada cotidiana, comercializando el cuerpo sano y delgado.

## BIBLIOGRAFÍA

- AHMED Sara, 2015, *La política cultural de las emociones*, México: Programa Universitario de Estudios de Género UNAM.
- AHMED Sara, 2019, *La promesa de la felicidad: una crítica cultural al imperativo de la alegría*, Buenos Aires: Caja Negra.
- ANTEBI Susan, JORGENSEN Beth E. (eds.), 2016, *Libre Acceso: Latin American Literature and Film through Disability Studies*, Albany: SUNY Press.
- ÁVALOS Etna, 2018, Discapacidad y construcciones de género en *Después del invierno* de Guadalupe Nettel, *iMex. México Interdisciplinario* 7(13): 113–126.
- AYRAM Carlos, 2020, “Yo siempre quise volver a ese cuerpo”. Oftalmocentrismo, discapacidad y anti-formación en *El cuerpo en que nació* (2011) de Guadalupe Nettel, *Altre Modernità* 24: 192–208.
- BALZA Isabel, 2011, Crítica feminista de la discapacidad: el monstruo como figura de la vulnerabilidad y exclusión, *Dilemata* 3(7): 57–76.
- BIANCHI Paula Daniela, 2020, La fragilidad de las fronteras corporales en la literatura latinoamericana del siglo XXI, *Revista Chilena de Literatura* 101: 71–101.
- BUTLER Judith, 2010, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Madrid: Paidós.
- CALLSEN Berit, 2018, Cuerpo, des/uso y subjetivación en Hernández, Bellatin y Nettel, *¿Discapacidad?: Literatura, teatro y cine hispánicos vistos desde los disability studies*, Berlin: Peter Lang, 223–238.
- CASTRO RICALDE Maricruz, 2017, “Ptosis” de Guadalupe Nettel y otras historias sobre la violencia, *Revista Chilena de Literatura* (95): 61–84.
- DE ALVA María, 2019, Miradas y ojos reconstruidos a partir de accidentes, viajes y retornos en dos geografías: *El cuerpo en que nació y Sangre en el ojo*, *Revista de Estudios de Género y Sexualidades* 45(1): 109–125.
- ESTRADA Oswaldo, 2014, *Ser mujer y estar presente: Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea*, México: UNAM.
- FERRERO CÁNDENAS Inés, 2009, Geografía en el cuerpo: el otro yo en *El Huésped*, de Guadalupe Nettel, *Revista de literatura mexicana contemporánea* 16(41): 55–62.
- FOUCAULT Michel, 2002, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- FREUD Sigmund, 1917/1991, *Duelo y melancolía*, (in:) *Obras completas. Volumen 14*, Buenos Aires: Amorrortu.
- GARCÍA RODRÍGUEZ Coral, 2015, Entre la locura y la cordura: los personajes femeninos de Guadalupe Nettel, (in:) *Locas, escritoras y personajes femeninos cuestionando las normas: XII Congreso Internacional del Grupo de Investigación Escritoras y Escrituras*, Milagro Martín Clavijo, María Mercedes González de Sande, Daniele Cerrato, Eva María Moreno Lago (coords.), Sevilla: Alciber, 619–626.
- HARTWIG Susanne, CHECA PUERTA Julio E. (eds.), 2018, *¿Discapacidad? Literatura, teatro y cine hispánicos vistos desde los disability studies*, Berlin: Peter Lang.
- KRISTEVA Julia, 1991, *Strangers to Ourselves*, New York: Columbia University Press.
- LÓPEZ GONZÁLEZ DE ORDUÑA Helena, 2015, *Prólogo*, (in:) Sara Ahmed, *La política cultural de las emociones*, México: Centro de Investigaciones y Estudios de Género UNAM, 9–18.
- LÓPEZ-MORENO Yessica Berenice, 2020, Identidades líquidas en los personajes de *Después del invierno*, de Guadalupe Nettel, *La Colmena* 107: 65–73.
- MATEO DEL PINO Ángeles, 2019, Subjetividad transtullida. El cuerpo/corpus de Lorenza Böttner, *Anclajes* XXIII(3): 37–57.
- NETTEL Guadalupe, 2014, *Después del invierno*. Epub, Barcelona: Anagrama.
- PRADO-GARDUÑO Gloria, 2018, Del cuerpo anómalo a la imposibilidad de la pareja: cuentos de Guadalupe Nettel, *Cuadernos del Hipogrifo. Revista semestral de literatura hispanoamericana y comparada* 9: 66–79.
- PRADO-GARDUÑO Gloria María, ESCAMILLA-FRÍAS Luis Enrique, 2020, La escritura de los cuerpos materiales y evanescentes en novelas de escritoras mexicanas del siglo XX, *La Colmena* 106: 45–56.
- SÁNCHEZ CERVANTES Guillermo, 2019, Mirar desde el cuerpo. Un perfil de Guadalupe Nettel, *Gatopardo*, <https://gatopardo.com/revista/guadalupe-nettel/> [varias consultas].
- WOLFENZON Carolyn, 2017, El fantasma que nos habita: *El huésped* y *El cuerpo en que nació* de Guadalupe Nettel como espejo político de México, *Latin American Literary Review* 44(88): 41–50.
- ZERMEÑO Carlos, 2019, Superación del miedo metafísico y producción de la identidad en dos novelas fantásticas mexicanas, *Bulletin of Spanish Studies* 96(3): 493–514.